

JULIO ARBOLEDA.

Nació en Timbiquí (Estado del Cauca) el 9 de Julio de 1817. Recibió su educación en Europa; y á su regreso al país dió á conocer sus poderosas facultades intelectuales. Brilló como orador en nuestros Congresos, como polemista en los periódicos que redactó y como guerrero en las guerras civiles de 1840, 1854 y 1860.

Fundó y redactó *El Patriota* y *El Independiente* (1888—1839) y *El Payanés* (1843) en Popayán; *El Siglo* (1848) en Bogotá y *El Misóforo* (1850) en aquella ciudad. Hállanse escritos suyos en *El Constitucional*, del Cauca, en *El Día*, *El Porvenir* y otros de Bogotá, y en *La Revista*, *El Intéprete* y *El Convenio*, de Lima.

Escribió infinidad de folletos políticos y su célebre poema (por desgracia inconcluso) titulado *Gonzalo de Oyón*. Debe consignarse aquí, como pieza muy notable, su famoso discurso pronunciado como Presidente del Congreso al dar posesión de la Presidencia de la República al Doctor Manuel M. Mallarino.

Arboleda murió asesinado en la montaña de Berruecos el 13 de Noviembre de 1862.

EL EDÉN DEL CORAZON.

Eva cuando se vió en el Paraíso
Contempló el mundo con intenso afán;
Mas luégo que vió á Adán, Eva no quiso
Contemplar otra cosa que su Adán.

Le vió, se vió; sus formas femeninas
Con las de Adán de presto comparó,
Y al ver de Adán las fuerzas masculinas,
Sin Adán incompleta se sintió.

Ella le contemplaba enamorada:
Enamorado la admiraba él,
Por sus castos cabellos cobijada
La brillantez sedosa de su piel.

Por entre su flotante cabellera
Asomaban sus hombros de marfil,
Su breve pie blanqueaba en la pradera
Sobre las gayas flores del pensil.

Mientras dos tiernos lirios, columpiados
A impulso de la brisa matinal
Sobre sus formas tersas reclinados,
Realzaban su blancura sin rival.

De Adán los pensamientos se prendían
Como la hiedra al árbol, á sus piés,
Y sus bruñidos miembros descubrían
De los espesos rizos al través.

Eva inocente sonrió, y gozaba
De los dos tiernos lirios al vaivén;
Y amando ya, mas sin saber que amaba,
Sobre el hombro de Adán puso la sien.

Y sometido Adán á tanta prueba,
Creyó acaso en la dicha de los dos,
Y amando ya, mas sin saberlo, á Eva,
Ni vió el Edén, ni se acordó de Dios.

Pero el primer ardiente sentimiento
Con que aquel par feliz se estremeció,
No fué tan grato como fué el acento
Que el primer hijo de su amor vertió.

Si el bello Paraíso fué á los ojos
De los dos una espléndida mansión,
El primer hijo les mostró, entre abrojos,
Otro Edén, el Edén del corazón.

Y Eva dijo á su esposo: "No lloremos,
Porque en mi seno hay Angeles, Adán;
Ven, y á Dios y á sus obras adoremos
Ya que el Edén del corazón nos dan.

"Y si fuimos lanzados de improviso
De aquel primer magnífico jardín,
Ya tenemos, Adán, un Paraíso
En nuestro primogénito Caín."

Adán sintióse transformado todo
Por una nueva y pura inspiración
Y dijo: "Yo te amé, mas de otro modo
Eva, ya tengo nuevo el corazón.

"Por aquel hijo de mi amor yo siento
Algo que nunca te podré explicar...
Duerme... ¡ Ay, Eva, por Dios, ten el aliento,
Y no vayas su sueño á perturbar!"

Y sentáronse juntos los esposos,
Y así olvidaron el primer jardín,
Y más que en el Edén fueron dichosos
Al ver su primogénito Caín.

Así tú, hermosa, angelical María,
Aquellos gratos bienes probarás,
Y en el nuevo hijo que el Señor te envía
Tú con tu tierno esposo gozaras.

Será como el de Adán idolatrado,
Pero no desgraciado como aquél,
Porque Dios en tu seno le ha formado
Más feliz y tan bueno como Abel.

Si la opulencia columpió tu cuna,
Si naciste entre encajes y entre olán,
Otra mejor riqueza, otra fortuna
Tus hijos y tu esposo te darán.

Tu compañero ante tus piés rendido
Tributa culto á tu virtud y amor;
Cada hijo es un nudo bendecido
Que amarra y enamora á tu Señor.

Cada nuevo retoño continúa
De la familia el lazo entre los dos,
Y el vínculo sagrado perpetúa
De los dos seres que bendice Dios.

Que otro alabe tu gracia y tu belleza,
Y tu elegante y fresca juventud
Todo lo tienes tú; mas tu riqueza,
Sí, tu riqueza, amiga, es tu virtud.

Tu talle erguido, tu bruñida frente,
Tu acento melodioso y seductor,
Y tu mirada como el sol ardiente,
Y esas tus formas que torneó el Amor,

No tienen el poder de los sonrojos
Con que sabes tus gracias defender
Cuando cubren los párpados tus ojos
Se ve al Angel guardando á la mujer.

Yo te bendigo, amiga, y yo bendigo
Al compañero que el Señor te dió:
Si sois felices, lo será el amigo
Que os respeta y os ama como yo.

PUBENZA.

(FRAGMENTO DEL GONZALO DE OYÓN).

El héroe ibero con prudente tino
Lo que al valor debió, guardar sabía;
De Payán el imperio obedecía
A Benalcázar, lidiador tenaz;
Y las tribus de bárbaros errantes,
En torno unidas de la cruz izada,
La cara independencia abandonada
Osan apenas deplorar en paz.

Era muerto Pubén, sostén y gloria
Del cacicazgo; el hijo generoso
Entre suplicio bárbaro, espantoso,
Rindió la vida á su Creador también;
Y no quedaba de la clara estirpe,
Para baldón de un héroe y su vergüenza,
Sino la hermosa, angelical Pubenza,
Vástago tercio del mayor Pubén.

Dulce como la parda cervatilla,
Que el cuello tiende entre el nativo helecho,
Y á la vista del can, yace en acecho,
Con sus ojos de púdico temor;
Pura como la cándida paloma
Que de la fuente límpida al murmullo,
Oye, al beber, el inocente arrullo,
Primer anuncio de ignorado amor;

Bella como la rosa, que temprana,
Al despuntar benigna primavera,
Modesta ostenta, virginal, primera,
Su belleza en el campo, sin rival;
Tierna como la tórtola amorosa,
Que arrulla viuda, y de su bien perdido
La dura ausencia en solitario nido
Llora, y lamenta su incurable mal;

Brillante como el sol, cuando refleja
Sus rayos el cristal de la montaña,
Si ni la lluvia, ni la nube empaña
Su naciente, purísimo esplendor;
Majestosa cual palma que se eleva,
Y ostenta en la vastísima llanura
Su corona imperial y su hermosura,
Desafiando el rayo del Señor.

Pero en su frente pálida vagaban
El dolor y la negra pesadumbre,
Y de sus ojos la apacible lumbre
Empañaba una lágrima fugaz;
Y la vida arrastraba silenciosa,
Devorando su mísero tormento,
Porque al alma gentil ay! ni un momento
Otorgó Dios de plácido solaz.

Hé aquí á Pubenza: en ella el alma, todo
Respira amor, pureza y hermosura,
El hechizo en sus ojos, la dulzura
Vaga sobre sus labios de clavel;
Juega el blando placer modestamente
Con las esbeltas formas de la indiana
India en amar, en resistir cristiana,
Era su pecho á la virtud dosel.

Malhadada belleza, malhadada
Aun la heroica virtud de la princesa!
Nada han valido, que sobre ella pesa
El yugo de despótico señor.
Padre tuvo Pubenza, y no le tiene;
Hermano tuvo, mas también ha muerto;
Y el mundo para ella es un desierto,
Sin amigos, sin deudos, sin amor.

Pubenza es infeliz. Tiempos mejores
Paz y felicidad le prometieron;
Pero esos tiempos rápidos huyeron;
Huyeron, sí, no volverán jamás!
Huyeron, cual la nube del desierto
Al ígneo soplo de huracán airado;
Y quedóle el recuerdo del pasado,
Ay! tan sólo el recuerdo, y nada más!

Entre las huestes que la madre España
Desbordó sobre un mundo de repente,
Vino Gonzalo, el joven, el valiente,
De amor y gloria espléndido adalid.
Clara es su raza en bélicas hazañas,
Que en esos tiempos la virtud guerrera
Temprana herencia de los hijos era
Llevábanlos sus padres á la lid,

Como el ave marina, que el polluelo,
Desnudo aún de la flotante pluma,
Precipita de lo alto hasta la espuma,
Que hierve abajo en el bramante mar;
O cual león que por la selva ruge
Con el cachorro al lado, y se embelesa
Viéndole abalanzar sobre la presa
Y refrescar con sangre el paladar.

No era esta raza enferma, degradada,
Que aspira, entre perfumes y mujeres,
El aire enervador de los placeres,
Sin fe, sin ley, sin Dios, sin corazón;
Una piedra la almohada del guerrero,
La tierra era su lecho suntuoso;
Su alma en la gloria hallaba su reposo,
Y su brazo en las armas, diversión.

EL CABALLO.

(FRAGMENTO DEL GONZALO DE OVÓN).

—Ven mi alazán! prorumpe el desdichado;
Ven por la última vez, sírvenme ahora,
Y este cancro mortal que me devora
Hunde conmigo en los infiernos ya.
Tú eres mi único bien; yo nada tengo,
Nada que me detenga aquí en el mundo,
Y si contigo en los infiernos me hundo,
Ningún pesar el alma llevará.

Ya es inútil luchar; es imposible
Sufrir la ingrata, abrumadora carga
De esta existencia degradada, amarga,
Que no puede á la infamia resistir.
Ante el soplo del viento del delito
Mi virtud como lámpara se apaga,
Ya que sólo al delito el mundo halaga
Huyamos dél; dejemos de vivir.

La calumnia me asalta como á Anteo,
En vano con mis hechos la confundo;
Al caer, nuevas fuerzas la da el mundo
Y Vuelve más pujante á aparecer.
Adiós, oh Patria! Por haberte amado
He perdido mi honor, estoy proscrito!
Si; amarte demasiado es el delito
Que me hace hasta la infamia merecer.

Todo cede á la astucia! El vulgo es eco
Ciego como esa roca que me infama:
Me oye llamar *traidor*, traidor me llama
Y calumnia porque oye calumniar.
Mi nombre está manchado sin remedio...
Va á maldecirme España...Eso es la historia;
Eso vale tu infamia, eso tu gloria
Esos tus fallos son, Humanidad!

—Ven, mi alazán! Y rápido se arroja
Sobre el corcel; le aguija con fiereza,
Y atraviesa veloz por la maleza,
Desesperado y de la muerte en pos.
Por sobre arbustos, zarzas, ramas, troncos,
El caballo frenético se lanza.
En alas del temor y la esperanza
Van corcel y jinete. Adiós! Adiós!

Salva el caballo á saltos los arroyos
Llevando entre los dientes el bocado,
Y, del rudo acicate atormentado,
Va su escape aumentando sin cesar:
La rienda tesa con entrambas manos
Lleva el jinete; la entreabierto boca
Del fogoso animal los pechos toca,
Y su hirviente nariz se oye tronar,

Hay en el corazón de la montaña
Raudo torrente, que de breña en breña,
De una sima á otra sima se despeña,
Y como en un se pulcro va á correr.
Ronco rodando, y turbulento siempre,
Estrella sus hirvientes borbotones
Sobre enormes y negros pedrejones,
Y conviértese en nieblas al caer.

Ante la masa de sus turbias ondas
Que al abismo frenéticas descienden,
Aquellas nieblas móviles extienden
Un velo denso de flotante tul;
Y al través de sus pliegues misteriosos
Vese relampaguear la catarata
Cuando, en rápidas ráfagas, desata
Y mece el viento el cortinaje azul.

Del hondo lecho al uno y otro lado
Alzan dos rocas sus excelsas crestas,
Ocultando sus frentes contrapuestas
De nubes tempestuosas al vapor:
El águila imperial la cima alcanza,
Y en sus cavernas lóbregas anida;
En el bajo peñasco halla acogida
Para su prole, impávido el condor.

En la inferior región, el triste buho
Cual visión vaga que la noche exhala,
Leve despliega de fantasma el ala
Y halla en las sombras lóbrego solaz.
Y hacia el borde empinado de esa roca
Que la profunda cavidad domina,
El español frenético encamina
Del noble potro la carrera audaz.

Alzase entre la selva estéril risco
Desprovisto de arbustos y de grama,
Do, por senda torcida, se derrama
La arena, y forma un vasto caracol.
Por allí va Gonzalo, y con esfuerzo
Súbito el potro en la pendiente pára,
Y cual si un enemigo divisara
Lleva la diestra al sable el español.

Al rayo de la luna que dibuja
Su luenga sombra en la pardusca roca,
Vese mover su convulsiva boca,
Y su faz cadavérica vibrar.
Mas luégo con desdén suelta el acero,
Al estrellado firmamento mira,
Y con la mano trémula de ira
A ese cielo parece amenazar.

¡ Qué tentación sacrílega le asalta!
¡ Cuántos días se apiñan de amargura!
Cuánta ponzoña en ese instante apura!
¡ Cuántos se pintan años de aflicción!
La venganza tal vez vino á llamarle,
Al ver su honor á la merced de un hombre,
Ay! y al sentir caer sobre su nombre
Infamia eterna, eterna maldición.

O algún genio satánico, evocando
Sus pasados recuerdos y tormentos,
Dió formas y sarcásticos acentos
A los delirios hondos del amor.
Y hablaba el infeliz, y con la diestra
Algo de sus oídos sacudía,
Y, golpeándose el hombro, pretendía
Desechar algún peso abrumador.

Dice, y como sintiendo la demora
Y delirante, el alazán anima,
Que, rápido partiendo, por la cima
Despeña los guijarros de tropel;
Y de arena entre el pardo remolino
A saltos y acezando el risco escala,
Y cual visión que ante la luz se exhala,
Dobla la senda y piérdese con él...
Mas vedle allí! que ya otra vez asoma
Dominando el altísimo peñasco!
Oh! cuál relumbra el argentado casco
Sobre el manto de negro vellorí!
Adiós! adiós! que rápido galopa
El corcel empujando hacia el abismo!
Adiós! Adiós! que en un instante mismo

Muerte y alivio va á buscar allí!

Ya llega al precipicio, ya en la orilla
Contempla ufano el vórtice profundo
De la sima espantosa, do iracundo,
Hierbe el torrente en turbio borbotón.
"A morir!" grita en éxtasis demente;
Pero ante el orbe, que á su peso cede,
El caballo espantado retrocede
Sordo á la brida, sordo al aguijón:

Saltado el ojo, eriza la melena,
La espesa cola encoge zozobrado
Tiembra de piés y manos azogado
Bufa poniendo en arco la cerviz:
La inquieta oreja hacia el peligro vuelta,
Y el ancho pecho cándido de espuma,
Brotó de fuego una radiante pluma
De la convulsa, anchísima nariz.

Las ijadas rasgándole á espolazos,
Oh! mil veces cobarde y maldecido
(Exclama el castellano enfurecido)
"Quieras ó no, conmigo morirás!"
Y al acero llevando la ímpia diestra
Va á desnudarle, el alazán lo siente,
Y partiendo al sonido, de repente
Salta á derecha, á izquierda, al frente, atrás.

Ya en el pie sostenido, ya en la mano,
En corcovos listísimos se mueve;
No hay posición que rápido no pruebe;
Siempre en el aire estremecido va:
Contra la roca, el pedrejón, el tronco,
Se azota, y se alza, y clávase, y palpita,
Y bufa ronco, y la cerviz agita,
Mas siempre á plomo el castellano está.

En la izquierda la rienda, en el estribo
Firme la planta, amargo sonreía,
Y con la diestra la cerviz le hería
Despreciando su vano frenesí...
Mas ¡ay! la planta en una grieta oscura
Hunde el caballo, y se desploma, y rueda,
Y herido, opreso, ensangrentado queda
Bajo su peso, el caballero allí.

Índice de autores

Siguiente

BANCO DE LA REPÚBLICA

BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO